ta del valor de un peso. En un lado está el dragón, y en el otro la inscripción: «Moneda corriente de Kwang-hsu—Sellada en Canton.» Ninguno puede rechazar esta moneda ó considerarla como extranjera. Este peso del dragón puede adquirir con el tiempo la misma importancia que el peso mexicano adquirió hace años para el comercio de la raza humana.

Pero retrocedamos.

Hemos supuesto el caso de que los Estados Unidos, á pesar de todas las amonestaciones, establecen la libre acuñación de la plata. De un golpe se establece el patrón Pan-americano. La Asia se une. El patrón oro queda limitado á Europa y las colonias inglesas, pero sin la India. Eso, hemos dicho, es la partición de la tierra. Esta idea de la partición de la tierra en una esfera de plata y en otra esfera de oro, se ha expuesto ya repetidas veces. En la conferencia monetaria de 1878, el Sr. Goschen, como representante de la Gran Bretaña, manifestó que esa nación se apegaba al patrón oro; pero que sufría pérdidas continuas en India, para mantener abierta la salida de su plata. ¿No sería de temerse que con la extensión del patrón oro, resultara una baja de la plata, una alza del oro y una baja correspondiente en el precio de los productos? El patrón doble, general, le parecía una utopía; pero también lo era la adopción del patrón oro exclusivo, que él consideraba un gran error.

Tiene que admitirse que el representante de Suiza, Sr. Feer-Herzog, no hizo más que deducir la consecuencia lógica de esas palabras, cuando propuso la partición de la tierra. El oro serviría á las naciones adelantadas; la plata á las atrasadas.

Hoy, cuando los valores de los dos metales se han apartado tanto, y cuando, si continúan las condiciones actuales, es probable una mayor divergencia, se pueden apreciar más distintamente las consecuencias de esas ideas de 1878. Hace un año el Profesor Milewski discutió este asunto y demostró que, parcialmente, había tenido ya lugar la partición, haciendo notar que en la línea divisoria entre las dos áreas oscila constantemente el tipo del cambio, y que esta condición de negocios representa precisamente un estado de inquietud

é incertidumbre incesantes, que contrasta con la tranquilidad que existió por un largo período, mientras prevaleció el patrón doble. (1)

Estas son ya las consecuencias de los primeros pasos hacia la separación: todavía el gran grupo segundo está entre los países monometálicos, que son el grupo oro por un lado y el grupo plata por el otro. Se vé una marcada línea divisoria entre Inglaterra y la India: allá, ventaja para el tenedor de bonos y daño al trabajo; aquí, ventaja para la producción y pérdida para el Gobierno. ¿Hay en esto realmente una ventaja constante para la tierra del oro?

Pero aventuremos unos cuantos pasos en la senda resbaladiza de la conjetura.

Las consecuencias, hasta donde en cierto modo se pueden inferir, consistirían, primero, en una mejora general de las condiciones, en cuanto éstas pueden ser afectadas por la aproximación de valores de los dos metales. Esta aproximación se realizaría, por una parte, por la alza del valor de la plata, la que, sin embargo, no sería muy grande, porque las compras que hacen hoy los Estados Unidos han efectuado ya una alza artificial, y por otra parte, en la área del oro, por una mayor afluencia de ese metal en Europa.

Las consecuencias más remotas serían, sin embargo, desastrosas para las tierras del oro. En la gran área de la plata, que comprende muchos Estados que necesitan moneda, tal vez ocurrirían al principio inflación é irregularidad. Es cierto, debe confesarse, que aún ahora hay Estados con libre acuñación de plata y con todo, sin gran inflación. Para sujetar al metal, tal vez tendrían que emitirse certificados con una garantía mayor, casi total, en lugar de los billetes parcialmente garantidos. En cualquier caso, la producción de mercancías haría un gran avance, tal vez demasiado grande. En la área del oro habría al principio una mejora; pero pronto resultaría mayor y mayor contracción, baja de precios, perjuicio al trabajo.

Todos los obstáculos arrojados ahora en la vía del comercio por los aranceles, vendrían á parecer insigni-

(1) J. Milewski: «Das Werthverhältniss zwischen Gold und Silver.»—Anzeig. Akad. Wissench. Krakau.—Enero de 1891.

ficantes, comparados con la barrera que se alzaría por la partición de la tierra en dos áreas sólidas de diferentes patrones monetarios.

Como la área de la plata comprende todas las zonas, todos los productos naturales y, en los Estados Unidos, todas las industrias, constituiría una gran unidad económica independiente. La exportación de la área del oro se dificultaría, y sin embargo, esa área del oro dependería de la otra para obtener muchos productos, como lo prueba la balanza de mercancías, que es, ya hoy, en alto grado pasiva, de la Gran Bretaña, de Alemania y Francia. Capital en plata, que crecería en la área de ese metal, sería el único que tomaran en préstamos las naciones de la plata. Al mismo tiempo, sin embargo, la industria continuaría consumiendo oro como hasta aquí, en toda la área de la plata. Esto sería el «amurallamiento de la Europa.»

No se sabe cuál sea la elección que hagan los Estados Unidos; pero en cualquier caso, pueden sacarse algunas deducciones de la situación actual.

Ante todo, es cierto que Europa en caso de rehusarse á entrar en un convenio internacional, deja á la América en libertad para dictar medidas que deben ejercer las influencias más profundas en el comercio y en los asuntos monetarios de la Europa misma.

Además, es cierto que el oro solo no puede nunca llegar á ser el patrón de toda la tierra, sino que, por el contrario, tiene que venir un tiempo en que sea completamente absorvido por la industria. No olvidemos los resultados obtenidos por Soetbeer, conforme á los cuales todo el fondo monetario de la tierra es cosa de una tercera parte menor que la producción de los últimos cuarenta años.

De esto se desprende, además, que *admitiendo que subsista el sistema de acuñación metálica* (y yo no veo que pueda tener un sustituto practicable) *la plata llegará á ser el metal patrón de la tierra.*

El proceso se está desenvolviendo en esa dirección, y más rápidamente de lo que pareció probable en 1877, porque aparece que los acontecimientos de esta naturaleza que en otras épocas pertenecerían á un futuro más remoto, pueden producir tan pronto como se llega á

reconocérseles, y por la sensibilidad de la presente vida comercial y la perfección de los medios actuales de comunicación, un grado potencial de descenso que acelera su propio advenimiento.

Finalmente, debe admitirse que bajo las condiciones actuales de la producción, un convenio bimetálico tendría los caractéres de una medida de transición, aunque en sí benéfica.

En este tiempo, cuando el resultado final puede ciertamente preverse, pero el curso inmediato de los negocios es enteramente oscuro y no sin peligro, se hace obligatoria una tarea difícil á aquellos Gobiernos que, sin pertenecer á ninguno de los dos grupos monometalistas, desean protejer á su país contra la inseguridad de la situación. Ellos no deberían consentir en que, en la actualidad, se les arrastre innecesariamente á tomar parte en la lucha. Antes que todo, deberían aconsejar el convenio internacional. Si no se llega á éste, y si los Estados Unidos se deciden en favor del oro, sobrevendrá entonces una lucha por ese metal, en la que los primeros en perder su circulación de oro serán los Estados europeos que tienen certificados de deuda en el exterior ó que, de cualquiera otra manera son económicamente débiles. Si la decisión es en favor de la plata, puede seguir un corto intervalo durante el cual sería más barata la adquisición de oro que lo es en la actualidad. Aun bajo el punto de vista de los que, á pesar de todas las lecciones del pasado, creen todavía que algún gran cuerpo político debería unirse al grupo del oro, sería siempre necesario amonestar contra ese paso, antes de que haya hablado Norte América. Especialmente debería aplicarse esta amonestación á Austria-Hungría, donde las condiciones financieras han mejorado, por las favorables relaciones exteriores, por una política pacífica, por la industria de los habitantes y por los altos impuestos. Los frutos de esta mejora no deben abandonarse al arbitraje de un Gobierno extranjero, sino que la nación debe continuar fortaleciéndose á sí misma.

Cuando Buckle escribió su capítulo famoso de su historia de la civilización en Inglaterra, que trata de la influencia ejercida por las leyes de la naturaleza en

las instituciones de la sociedad humana, no pudo prever todavía que había de ser posible fundar en los datos ministrados por la naturaleza, el pronóstico para las cuestiones económicas perfectamente definidas. El tuvo en consideración la distribución de climas y la variedad de las condiciones externas de la vida. Pero las comparaciones cambian tan pronto como el hombre emplea una sustancia definida cuya aparición está sujeta á leyes también definidas, y tan pronto como uno puede tener en cuenta los límites de presentación de esta sustancia, la paralaje de la cantidad, por decirlo así, bien que dentro de confines tan amplios. El oro no es el más raro de los metales; pero es demasiado raro para la tarea que algunos quisieran imponerle.

Ya en sus trabajos preliminares para el Congreso monetario de los Estados Unidos en 1876, Del Mar, Jefe de la Sección de Estadística de los Estados Unidos, y cuyas tesis más importantes desgraciadamente no han tenido publicidad sino mucho más tarde, manifestó la opinión de que «el probable agotamiento de todos los grandes aluviones auríferos del mundo, y el número y riqueza posible de las minas de plata, por el efecto de cantidad, aparte de otras circunstancias, tendería á separar más la relación de valor entre los dos metales, haciendo así el oro más y más caro y la plata más y más barata.» (1)

Al mismo resultado se llegó por los estudios en Europa. La experiencia los ha confirmado. Los Gobiernos á los que corresponde la dirección en estos asuntos pueden preguntarse á sí mismos si tienen la fuerza y la voluntad de deducir las conclusiones lógicas, ó si continúan considerando una cuestión que concierne á toda la tierra, solamente bajo el punto de vista del interés inmediato de sus Estados; si particularmente en Inglaterra, ha de continuar como el interés dominante, el interés de los acreedores del Gobierno.

China pudo por millares de años sacar de sí misma lo que necesitaba y continuar en aislamiento. Europa

(1) Alex. Del Mar: «A History of the Precious Metals.» 8º Londres, 1880, prefacio, pág VII.

no puede aislarse de los otros continentes. *La cuestión no es ya si la plata volverá á ser un metal de acuñación con valor á la par en toda la tierra, sino cuáles serán las pruebas por las que Europa tenga que pasar para llegar á esa meta.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE NUEVO LEON